

## AÑO A • DOMINGO DE PASIÓN

### La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo 26:14–27:54

Narrador • <b>63</b>	Pueblo • <b>4</b>	Discipulo • <b>2</b>	Sirvienta 1 • <b>1</b>
Jesús • <b>20</b>	Sacerdote • <b>4</b>	Anciano • <b>1</b>	Sirvienta 2 • <b>1</b>
Pilato • <b>8</b>	Caifás • <b>3</b>	Capitán • <b>1</b>	Maestro de la Ley • <b>1</b>
Pedro • <b>5</b>	Espectador 1 • <b>3</b>	Soldado • <b>1</b>	
Judas • <b>4</b>	Espectador 2 • <b>2</b>	Testigo • <b>1</b>	

**Narrador:** La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo.

Uno de los doce discípulos, el que se llamaba Judas Iscariote, fue a ver a los jefes de los sacerdotes y les dijo:

**Judas:** —¿Cuánto me quieren dar, y yo les entrego a Jesús?

**Narrador:** Ellos le pagaron treinta monedas de plata. Y desde entonces Judas anduvo buscando el momento más oportuno para entregarles a Jesús. El primer día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

**Discipulo:** —¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

**Narrador:** Él les contestó:

**Jesús:** —Vayan a la ciudad, a casa de Fulano, y díganle: “El Maestro dice: Mi hora está cerca, y voy a tu casa a celebrar la Pascua con mis discípulos.”

**Narrador:** Los discípulos hicieron como Jesús les había mandado, y prepararon la cena de Pascua. Cuando llegó la noche, Jesús estaba a la mesa con los doce discípulos; y mientras comían, les dijo:

**Jesús:** —Les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar.

**Narrador:** Ellos se pusieron muy tristes, y comenzaron a preguntarle uno tras otro:

**Discipulo:** —Señor, ¿acaso seré yo?

**Narrador:** Jesús les contestó:

**Jesús:** —Uno que moja el pan en el mismo plato que yo, va a traicionarme. El Hijo del hombre ha de recorrer el camino que dicen las Escrituras; pero ¡ay de aquel que lo traiciona! Hubiera sido mejor para él no haber nacido.

**Narrador:** Entonces Judas, el que lo estaba traicionando, le preguntó:

**Judas:** —Maestro, ¿acaso seré yo?

**Jesús:** —Tú lo has dicho

**Narrador:** —contestó Jesús. Mientras comían, Jesús tomó en sus manos el pan y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a los discípulos, diciendo:

**Jesús:** —Tomen y coman, esto es mi cuerpo.

**Narrador:** Luego tomó en sus manos una copa y, habiendo dado gracias a Dios, se la pasó a ellos, diciendo:

**Jesús:** —Beban todos ustedes de esta copa, porque esto es mi sangre, con la que se confirma la alianza, sangre que es derramada en favor de muchos para perdón de sus pecados. Pero les digo que no volveré a beber de este producto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.

**Narrador:** Después de cantar los salmos, se fueron al Monte de los Olivos. Y Jesús les dijo:

**Jesús:** —Todos ustedes van a perder su fe en mí esta noche. Así lo dicen las Escrituras: “Mataré al pastor, y las ovejas se dispersarán.” Pero cuando yo resucite, los volveré a reunir en Galilea.

**Narrador:** Pedro le contestó:

**Pedro:** —Aunque todos pierdan su fe en ti, yo no la perderé.

**Narrador:** Jesús le dijo:

**Jesús:** —Te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces.

**Narrador:** Pedro afirmó:

**Pedro:** —Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

**Narrador:** Y todos los discípulos decían lo mismo. Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo:

**Jesús:** —Siéntense aquí, mientras yo voy allí a orar.

**Narrador:** Y se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse muy triste y angustiado. Les dijo:

**Jesús:** —Siento en mi alma una tristeza de muerte. Quédense ustedes aquí, y permanezcan despiertos conmigo.

**Narrador:** En seguida Jesús se fue un poco más adelante, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y oró diciendo:

**Jesús:** «Padre mío, si es posible, librame de este trago amargo; pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

**Narrador:** Luego volvió a donde estaban los discípulos, y los encontró dormidos. Le dijo a Pedro:

**Jesús:** —¿Ni siquiera una hora pudieron ustedes mantenerse despiertos conmigo? Manténganse despiertos y oren, para que no caigan en tentación. Ustedes tienen buena voluntad, pero son débiles.

**Narrador:** Por segunda vez se fue, y oró así:

**Jesús:** «Padre mío, si no es posible evitar que yo sufra esta prueba, hágase tu voluntad.»

**Narrador:** Cuando volvió, encontró otra vez dormidos a los discípulos, porque sus ojos se les cerraban de sueño. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Entonces regresó a donde estaban los discípulos, y les dijo:

**Jesús:** —¿Siguen ustedes durmiendo y descansando? Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levántense, vámonos; ya se acerca el que me traiciona.

**Narrador:** Todavía estaba hablando Jesús, cuando Judas, uno de los doce discípulos, llegó acompañado de mucha gente armada con espadas y con palos. Iban de parte de los jefes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. Judas, el traidor, les había dado una contraseña, diciéndoles: «Al que yo bese, ése es; arréstenlo.» Así que, acercándose a Jesús, dijo:

**Judas:** —¡Buenas noches, Maestro!

**Narrador:** Y lo besó. Jesús le contestó:

**Jesús:** —Amigo, adelante con tus planes.

**Narrador:** Entonces los otros se acercaron, echaron mano a Jesús y lo arrestaron. En eso, uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y le cortó una oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús le dijo:

**Jesús:** —Guarda tu espada en su lugar. Porque todos los que pelean con la espada, también a espada morirán. ¿No sabes que yo podría rogarle a mi Padre, y él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles? Pero en ese caso, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen que debe suceder así?

**Narrador:** En seguida Jesús preguntó a la gente:

**Jesús:** —¿Por qué han venido ustedes con espadas y con palos a arrestarme, como si yo fuera un bandido? Todos los días he estado enseñando en el templo, y nunca me arrestaron. Pero todo esto sucede para que se cumpla lo que dijeron los profetas en las Escrituras.

**Narrador:** En aquel momento, todos los discípulos dejaron solo a Jesús y huyeron. Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde los maestros de la ley y los ancianos estaban reunidos. Pedro lo siguió de lejos hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Entró, y se quedó sentado con los guardianes del templo, para ver en qué terminaría todo aquello. Los jefes de los sacerdotes y toda la Junta Suprema buscaban alguna prueba falsa para condenar a muerte a Jesús, pero no la encontraron, a pesar de que muchas personas se presentaron y lo acusaron falsamente. Por fin se presentaron dos más, que afirmaron:

**Testigo:** —Este hombre dijo: “Yo puedo destruir el templo de Dios y volver a levantarlo en tres días.”

**Narrador:** Entonces el sumo sacerdote se levantó y preguntó a Jesús:

**Caifás:** —¿No contestas nada? ¿Qué es esto que están diciendo contra ti?

**Narrador:** Pero Jesús se quedó callado. El sumo sacerdote le dijo:

**Caifás:** —En el nombre del Dios viviente te ordeno que digas la verdad. Dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

**Narrador:** Jesús le contestó:

**Jesús:** —Tú lo has dicho. Y yo les digo también que ustedes van a ver al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo.

**Narrador:** Entonces el sumo sacerdote se rasgó las ropas en señal de indignación, y dijo:

**Caifás:** —¡Las palabras de este hombre son una ofensa contra Dios! ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Ustedes han oído sus palabras ofensivas; ¿qué les parece?

**Narrador:** Ellos contestaron:

**Maestro de la Ley:** —Es culpable, y debe morir.

**Narrador:** Entonces le escupieron en la cara y lo golpearon. Otros le pegaron en la cara, diciéndole:

**Anciano:** —Tú que eres el Mesías, ¡adivina quién te pegó!

**Narrador:** Pedro, entre tanto, estaba sentado afuera, en el patio. En esto, una sirvienta se le acercó y le dijo:

**Sirvienta 1:** —Tú también andabas con Jesús, el de Galilea.

**Narrador:** Pero Pedro lo negó delante de todos, diciendo:

**Pedro:** —No sé de qué estás hablando.

**Narrador:** Luego se fue a la puerta, donde otra lo vio y dijo a los demás:

**Sirvienta 2:** —Ése andaba con Jesús, el de Nazaret.

**Narrador:** De nuevo Pedro lo negó, jurando:

**Pedro:** —¡No conozco a ese hombre!

**Narrador:** Poco después, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron:

**Espectador 1:** —Seguro que tú también eres uno de ellos. Hasta en tu manera de hablar se te nota.

**Narrador:** Entonces él comenzó a jurar y perjurarse, diciendo:

**Pedro:** —¡No conozco a ese hombre!

**Narrador:** En aquel mismo momento cantó un gallo, y Pedro se acordó de que Jesús le había dicho: «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y salió Pedro de allí, y lloró amargamente. Cuando amaneció, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos se pusieron de acuerdo en un plan para matar a Jesús. Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador romano. Judas, el que había traicionado a Jesús, al ver que lo habían condenado, tuvo remordimientos y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos, diciéndoles:

**Judas:** —He pecado entregando a la muerte a un hombre inocente.

**Narrador:** Pero ellos le contestaron:

**Sacerdote:** —¿Y eso qué nos importa a nosotros? ¡Eso es cosa tuya!

**Narrador:** Entonces Judas arrojó las monedas en el templo, y fue y se ahorcó. Los jefes de los sacerdotes recogieron aquel dinero, y dijeron:

**Sacerdote:** —Este dinero está manchado de sangre; no podemos ponerlo en el cofre de las ofrendas.

**Narrador:** Así que tomaron el acuerdo de comprar con él un terreno llamado el Campo del Alfarero, para tener un lugar donde enterrar a los extranjeros. Por eso, aquel terreno se llama hasta el día de hoy Campo de Sangre. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Jeremías: «Tomaron las treinta monedas de plata, el precio que los israelitas le habían puesto, y con ellas compraron el campo del alfarero, tal como me lo ordenó el Señor.»

**Narrador:** Jesús fue llevado ante el gobernador, que le preguntó:

**Pilato:** —¿Eres tú el Rey de los judíos?

**Jesús:** —Tú lo has dicho

**Narrador:** —contestó Jesús. Mientras los jefes de los sacerdotes y los ancianos lo acusaban, Jesús no respondía nada. Por eso Pilato le preguntó:

**Pilato:** —¿No oyes todo lo que están diciendo contra tí?

**Narrador:** Pero Jesús no le contestó ni una sola palabra; de manera que el gobernador se quedó muy extrañado. Durante la fiesta, el gobernador acostumbraba dejar libre un preso, el que la gente escogiera. Había entonces un preso famoso llamado Jesús Barrabás; y estando ellos reunidos, Pilato les preguntó:

**Pilato:** —¿A quién quieren ustedes que les ponga en libertad: a Jesús Barrabás, o a Jesús, el que llaman el Mesías?

**Narrador:** Porque se había dado cuenta de que lo habían entregado por envidia. Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa mandó a decirle: «No te metas con ese hombre justo, porque anoche tuve un sueño horrible por causa suya.» Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos convencieron a la multitud de que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador les preguntó otra vez:

**Pilato:** —¿A cuál de los dos quieren ustedes que les ponga en libertad?

**Narrador:** Ellos dijeron:

**Pueblo:** —¡A Barrabás!

**Narrador:** Pilato les preguntó:

**Pilato:** —¿Y qué voy a hacer con Jesús, el que llaman el Mesías?

**Narrador:** Todos contestaron:

**Pueblo:** —¡Crucificalo!

**Narrador:** Pilato les dijo:

**Pilato:** —Pues ¿qué mal ha hecho?

**Narrador:** Pero ellos volvieron a gritar:

**Pueblo:** —¡Crucificalo!

**Narrador:** Cuando Pilato vio que no conseguía nada, sino que el alboroto era cada vez mayor, mandó traer agua y se lavó las manos delante de todos, diciendo:

**Pilato:** —Yo no soy responsable de la muerte de este hombre; es cosa de ustedes.

**Narrador:** Toda la gente contestó:

**Pueblo:** —¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de su muerte!

**Narrador:** Entonces Pilato dejó libre a Barrabás; luego mandó azotar a Jesús y lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al palacio y reunieron toda la tropa alrededor de él. Le quitaron su ropa, lo vistieron con una capa roja y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas y una vara en la mano derecha. Luego se arrodillaron delante de él, y burlándose le decían:

**Soldado:** —¡Viva el Rey de los judíos!

**Narrador:** También lo escupían, y con la misma vara le golpeaban la cabeza. Después de burlarse así de él, le quitaron la capa roja, le pusieron su propia ropa y se lo llevaron para crucificarlo. Al salir de allí, encontraron a un hombre llamado Simón, natural de Cirene, a quien obligaron a cargar con la cruz de Jesús.

#### Todos de pie.

**Narrador:** Cuando llegaron a un sitio llamado Gólgota, (es decir, «Lugar de la Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero Jesús, después de probarlo, no lo quiso beber. Cuando ya lo habían crucificado, los soldados echaron suertes para repartirse entre sí la ropa de Jesús. Luego se sentaron allí para vigilarlo. Y por encima de su cabeza pusieron un letrero, donde estaba escrita la causa de su condena. El letrero decía: «Éste es Jesús, el Rey de los judíos.» También fueron crucificados con él dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo:

**Espectador 1:** —¡Tú ibas a derribar el templo y a reconstruirlo en tres días!

**Espectador 2:** —¡Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!

**Narrador:** De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, junto con los ancianos. Decían:

**Sacerdote:** —Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de Israel; ¡pues que baje de la cruz, y creemos en él! Ha puesto su confianza en Dios; ¡pues que Dios lo salve ahora, si de veras lo quiere! ¿No nos ha dicho que es Hijo de Dios?

**Narrador:** Y hasta los bandidos que estaban crucificados con él, lo insultaban. Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda la tierra quedó en oscuridad. A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza:

**Jesús:** «Eli, Eli, ¿lemá sabactani?»

**Narrador:** (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?») Algunos de los que estaban allí, lo oyeron y dijeron:

**Espectador 1:** —Éste está llamando al profeta Elías.

**Narrador:** Al momento, uno de ellos fue corriendo en busca de una esponja, la empapó en vino agrio, la ató a una caña y se la acercó para que bebiera. Pero los otros dijeron:

**Espectador 2:** —Déjalo, a ver si Elías viene a salvarlo.

**Narrador:** Jesús dio otra vez un fuerte grito, y murió.

#### Se puede guardar silencio.

**Narrador:** En aquel momento el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron; y hasta muchas personas santas, que habían muerto, volvieron a la vida. Entonces salieron de sus tumbas, después de la resurrección de Jesús, y entraron en la santa ciudad de Jerusalén, donde mucha gente los vio. Cuando el capitán y los que estaban con él vigilando a Jesús vieron el terremoto y todo lo que estaba pasando, se llenaron de miedo y dijeron:

**Capitán:** —¡De veras este hombre era Hijo de Dios!

**Narrador:** Estaban allí, mirando de lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea y que lo habían ayudado. Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Cuando ya anochecía, llegó un hombre rico llamado José, natural de Arimatea, que también se había hecho seguidor de Jesús. José fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo dieran, y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana de lino limpia y lo puso en un sepulcro nuevo, de su propiedad, que había hecho cavar en la roca. Después de tapar la entrada del sepulcro con una gran piedra, se fue. Pero María Magdalena y la otra María se quedaron sentadas frente al sepulcro. Al día siguiente, es decir, el sábado, los jefes de los sacerdotes y los fariseos fueron juntos a ver a Pilato, y le dijeron:

**Sacerdote:** —Señor, recordamos que aquel mentiroso, cuando aún vivía, dijo que después de tres días iba a resucitar. Por eso, mande usted asegurar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos y roben el cuerpo, y después digan a la gente que ha resucitado. En tal caso, la última mentira sería peor que la primera.

**Narrador:** Pilato les dijo:

**Pilato:** —Ahí tienen ustedes soldados de guardia. Vayan y aseguren el sepulcro lo mejor que puedan.

**Narrador:** Fueron, pues, y aseguraron el sepulcro poniendo un sello sobre la piedra que lo tapaba; y dejaron allí los soldados de guardia.



Leccionario Dominical, creado por el Ministerio Latino/Hispano de la Iglesia Episcopal (212-716-6073 • P.O. Box 512164, Los Angeles, CA 90051 • [www.episcopalchurch.org/latino](http://www.episcopalchurch.org/latino)). Los textos bíblicos son tomados de la Biblia *Dios habla hoy*®, Tercera edición, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usado con permiso. Las colectas y los salmos son tomados de *El Libro de Oración Común*, propiedad literaria de ©The Church Pension Fund, 1982. Usado con permiso. Leccionario Común Revisado ©1992 Consulta Sobre Textos Comunes. Usado con permiso. Puede mandar sus comentarios, preguntas, o informes acerca de errores a J. Ted Blakley (M.Div., Ph.D.) en [jtedblakley@gmail.com](mailto:jtedblakley@gmail.com).